

Cuentos completos

Thomas Hardy



Este volumen reúne los cuatro libros de cuentos que Thomas Hardy publicó en vida —*Cuentos de Wessex*, *Un grupo de nobles damas*, *Pequeñas ironías de la vida* y *Un hombre cambiado y otros relatos*— más algunos otros, no publicados o publicados en revistas, que nunca fueron incorporados a un libro. Muchos de ellos inéditos en español, y por primera vez juntos

Los *Cuentos completos* de Thomas Hardy son un auténtico compendio de maestría narrativa, presentación de personajes, inventiva y manejo de la trama. Inspirados en su mayoría por la tradición oral, figuran entre ellos leyendas históricas, relatos con elementos fantásticos, cuentos de ingenio y astucia al estilo bocacciano, y dramáticas historias de desarraigo y deseo de instrucción.

Esta edición es mejor que cualquier guía de escritura: ofrece las enseñanzas de uno de los mejores narradores de la historia de la literatura.

Nota al texto

Este volumen incluye los cuatro libros de cuentos publicados en vida por Thomas Hardy y otros cuentos, no publicados o publicados en revistas, que nunca fueron incorporados a un libro. Hardy corrigió y reordenó el contenido de sus libros de cuentos en 1912, en la llamada edición *Wessex*, publicada en Londres por MacMillan, que se reeditó varias veces y sobre la que se basa nuestra edición. No hemos incluido aquí la novela corta para niños escrita en 1883 *Our Exploits at West Poley* ni los tres cuentos que escribió en colaboración («The Spectre of the Real», de 1894, con Florence Henniker; «Blue Jimmy: The Horse Stealer» y «The Unconquerable», ambos de 1911, con su segunda mujer Florence Dugdale, aunque los críticos discuten si realmente Hardy fue coautor de ellos o solo los corrigió).

El primero de los libros, *Cuentos de Wessex (Wessex Tales)*, se publicó originalmente en 1888 y constaba de cinco de los siete cuentos aquí reunidos. En 1912, para la edición *Wessex*, Hardy incorporó «Una tradición de 1804» y «El húsar melancólico de la legión germana», que previamente habían aparecido en *Pequeñas ironías de la vida*. Los siete cuentos habían sido publicados con anterioridad en revistas: «Los tres desconocidos» («The Three Strangers»), en *Longman's Magazine* en marzo de 1883 y también en Estados Unidos en la revista *Harper's Weekly* el mismo mes; «Una tradición de 1804» («A Tradition of Eighteen Hundred and Four»), en *Harper's Christmas* en diciembre de 1882, con el título de «A Legend of the Year Eighteen Hundred and Four»; «El húsar melancólico de la legión germana» («The

Melancholy Hussar of the German Legion»), con el título de «The Melancholy Hussar», en *Bristol Times and Mirror* en enero de 1890; «El brazo marchito» («The Withered Arm»), en *Edinburgh Magazine* en enero de 1888; «Vecindad» («Fellow Townsmen»), en *New Quarterly Magazine* en abril de 1880 y también, en abril y mayo, en *Harper's Weekly*; «Intrusos en La Loma» («Interlopers at the Knap»), en *The English Illustrated Magazine*, en mayo de 1884; y «El predicador desconcertado» («The Distracted Preacher»), con el título de «The Distracted Young Preacher», en *New Quarterly Magazine* en abril de 1879, y también, en abril y mayo, en *Harper's Weekly*.

Un grupo de nobles damas (A Group of Noble Dames) se publicó en 1891. Seis de los relatos que lo componen habían aparecido por primera vez en el número especial de Navidad de 1890 de la revista *Graphic*. Los cuatro restantes también habían sido publicados previamente en revistas: «La primera condesa de Essex» («The First Countess of Wessex»), en *Harper's New Monthly Magazine* en diciembre de 1880; «Lady Penelope», en *Longman's Magazine* en enero de 1890; «La duquesa de Hamptonshire» («The Duchess of Hamptonshire»), en *Light* en abril de 1878, con el título de «The Impulsive Lady of Croome Castle»; y «La honorable Laura» («The Honourable Laura»), en *Bolton Weekly Journal* en diciembre de 1881, con el título de «Benighted Travellers».

Pequeñas ironías de la vida (Life's Little Ironies) se publicó en 1894 e incluía nueve cuentos. Como ya se ha dicho, «Una tradición de 1804» y «El húsar melancólico de la legión germana» fueron trasladados más tarde a *Cuentos de Wessex*. Por su parte, «Una mujer con imaginación», que en 1896 había aparecido en Estados Unidos dentro de *Cuentos de Wessex*, fue incorporada a *Pequeñas ironías de la vida* en la edición *Wessex*. Por lo demás, todos los cuentos habían aparecido previamente en revistas: «Una mujer con imaginación» («An Imaginative Woman»), en *Pall Mall Ma-*

gazine en abril de 1894; «El veto del hijo» («The Son's Veto»), en *Illustrated London News* en diciembre de 1891; «Un asunto de conciencia» («For Conscience's Sake»), en *Fortnightly Review* en marzo de 1891; «Una tragedia de dos ambiciones» («A Tragedy of Two Ambitions»), en *Universal Review* en diciembre de 1888; «Por el circuito occidental» («On the Western Circuit»), en *English Illustrated Magazine* en diciembre de 1891, y también en *Harper's Weekly* en Estados Unidos en el mes de noviembre; «Para contentar a su mujer» («To Please His Wife»), en *Black and White* en junio de 1891; «El violinista ambulante» («The Fiddler of the Reels»), en *Scribner's Magazine* (Nueva York) en mayo de 1893; y «Un batiburrillo de personajes» («A Few Crusted Characters»), con el título de «Wessex Folk», en *Harper's Monthly Magazine* de marzo a junio de 1891.

Un hombre cambiado y otros relatos (*A Changed Man and Other Tales*) fue la última colección de cuentos publicada por Hardy. Apareció en 1913 y reunía doce cuentos previamente publicados en revistas: «Un hombre cambiado» («A Changed Man»), en *Sphere* en abril de 1900; «La cena espera» («The Waiting Supper»), en *Murray's Magazine* en enero y febrero de 1888, y en *Harper's Weekly* en Estados Unidos de diciembre de 1887 a enero de 1888; «El diario de Alicia» («Alicia's Diary»), en *Manchester Weekly Times* en octubre de 1887; «La tumba de la encrucijada» («The Grave by the Handpost»), en *St James's Budget* en noviembre de 1897, y ese mismo mes en Estados Unidos en *Harper's Weekly*; «Entra un sargento del cuerpo de dragones» («Enter a Dragoon»), en *Harper's Monthly Magazine* (Nueva York) en diciembre de 1900; «Una cita en un antiguo baluarte» («A Tryst at an Ancient Earthwork»), con el título de «Ancient Earthworks and What Two Enthusiastic Scientists Found Therein», en *Detroit Post* en marzo de 1885, y ocho años después, con el título de «Ancient Earthworks at Casterbridge», en *English Illustrated Magazine* en diciembre de 1893; «Lo que vio el pastor» («What the Shepherds Saw»),

en *Illustrated London News* en diciembre de 1881; «Un miembro del comité del Terror» («A Committee-Man of "The Terror"»), en *Illustrated London News* en noviembre de 1896; «Sir John Horseleigh, caballero real» («Master John Horseleigh, Knight»), en *Illustrated London News* en junio de 1893, y en *McClure's Magazine* en Estados Unidos un mes después; «El regreso del duque» («The Duke's Reappearance») en *Saturday Review* en diciembre de 1896, y en *The Chap-Book* (Chicago) el mismo mes; «Un mero interludio» («A Mere Interlude»), en *Bolton Weekly Journal*, en octubre de 1885; y «Los amoríos de una lechera» («The Romantic Adventures of a Milkmaid»), en *Graphic* en junio de 1883, y en Estados Unidos en *Harper's Weekly* de junio a agosto del mismo año.

Finalmente, las piezas reunidas bajo el epígrafe «Cuentos fuera de colección» fueron publicados como sigue: «El destino y una capa azul» («Destiny and a Blue Coak»), en *New York Times* en octubre de 1874; «Los ladrones que no podían dejar de estornudar» («The Thieves Who Couldn't Help Sneezing»), en *Father Christmas* en 1877; «La anciana señora Chundle» («Old Mrs Chundle»), escrito alrededor de 1888-1890, nunca fue publicado en vida de Hardy, sino póstumamente en *Ladies' Home Journal* (Filadelfia) en febrero de 1929; y «La leyenda del doctor», que probablemente se pensó como parte de *Un grupo de nobles damas*, en *Independent* (Nueva York) en marzo de 1891.

Cabe recordar, por último, que Wessex, la región en que ocurren todos estos cuentos, era el nombre de uno de los siete antiguos reinos anglosajones (Heptarquía, aproximadamente entre los años 500 y 850), formado por el actual Dorset —lugar natal de Hardy— y una gran parte del suroeste de Inglaterra.

Cuentos de Wessex (1888)

Prefacio

Pudiera ser obligada una disculpa para explicar el contraste, susceptible de ser tomado por descuido, que entraña el presentar dos cuentos de ahorcados y uno de una ejecución militar en una pequeña selección de narraciones como la que aquí se ofrece. En lo que concierne a los primeros, debo señalar que el tema del ahorcamiento formaba parte sustancial de la tradición local en las pequeñas ciudades del condado, y aun cuando nunca llegase a conocer personalmente a ninguno de los protagonistas de tales escenas, el autor de estas páginas sí tuvo, siendo niño, el privilegio de tratar a un hombre que aspiraba a ser verdugo real, cayó en una incurable melancolía al no conseguir el puesto y halló cierto alivio a su pena interesándose por los episodios más llamativos de las vidas de otros individuos más afortunados que ejercieron el cargo con éxito y renombre. Causaba no poco asombro en quienes escuchaban el relato de su decepción que sus ambiciones hubiesen cobrado una forma tan poco propicia, por cifrarse en una profesión que solo un hombre podía ejercer en Inglaterra al mismo tiempo, cuando podría haber aspirado a un puesto más corriente —y que le habría procurado mejores oportunidades—, como el de juez, obispo o incluso parlamentario, cuya nobleza jamás se cuestionaba. También en esos tiempos seguía viva una anciana que, con el fin de curar cierta dolencia estomacal, fue sometida en su juventud a un «cambio de sangre» extraída del cadáver de un convicto, tal como se relata en «El brazo marchito».

Desde que escribí este cuento, hace ya algunos años, un amigo que conoció a Rhoda Brook me ha recordado que, al relatar su sueño, olvidé consignar algunos de los hechos en los que se basa esta narración. Lo que ocurrió en verdad fue que, una tarde muy calurosa, estando ella acostada, el íncubo se apoderó de su cuerpo, y la mujer lo expulsó, con las consecuencias para su organismo que en el relato se describen. Tengo para mí que la posibilidad de que dicha visión pueda producirse en pleno día es mucho más sobrecogedora que la de un simple sueño a media noche. Encarezco por tanto a los lectores a corregir la distorsión, que por lo demás ofrece un buen ejemplo de cómo nuestra imperfecta memoria formaliza de manera inconsciente la frescura de los hechos, alejándose lentamente de ellos tal como los objetos de fabricación mecánica se alejan poco a poco del molde original de factura manual.

Entre los abundantes recursos para esconder mercancía de contrabando en cuevas y fosas, la de plantar un manzano en la boca de la fosa es, a mi juicio, única, y por eso se detalla en «El predicador desconcertado» tal como me lo contó un viejo «cargador de toneles», un hombre que más tarde trabajó para mi padre por espacio de treinta años. Por sus recuerdos, nunca acerté a entender cómo llegó a plantarse el árbol que, con sus raíces, tierra y receptáculo, debía de alcanzar un peso considerable. No hay duda, sin embargo, de que esta práctica fue muy común durante muchos años. Mi informador también hablaba a menudo de la horrorosa y sofocante sensación que causaban las dos cubas de alcohol atadas respectivamente al pecho y a la espalda, con las que había que cargar muchos kilómetros tierra adentro, campo a través y en la oscuridad. Me aseguró que, si bien había pasado largos años de su juventud y de su inmediata madurez en este negocio irregular, las ganancias que le había reportado, sumadas todas ellas, no alcanzaban el salario medio que podría haber obtenido

con un empleo fijo, mientras que las fatigas y los riesgos eran de todo punto excesivos.

Cabe añadir que la acción de este relato tiene su origen en ciertas operaciones de contrabando acontecidas entre los años de 1825 y 1830, que concluyeron en esta segunda fecha con el juicio de sus principales artífices en los Assizes, en presencia del barón Bolland, tras haber opuesto los contrabandistas una desesperada resistencia armada a los guardias de aduanas durante el desembarco del cargamento de licor. Esto sucedió muy poco después de que se produjeran los hechos consignados en el relato, en el que también se representan algunos de los incidentes ocurridos en el curso del juicio.

En el momento culmen del altercado, el personaje que lleva el nombre de Owlett resultó gravemente herido, y varios de los guardias de costas habrían perdido la vida, al verse desbordados por la fuerza numérica de los contrabandistas, de no haber sido por la hombría y la presencia de ánimo con que se condujo dicho personaje. Esta circunstancia obró en su favor al celebrarse la audiencia pública, en la que el joven Erskine ofició el papel de fiscal, mientras que la defensa de los contrabandistas le fue confiada a Erle. La recapitulación del barón Bolland fue muy favorable para la defensa; simplemente se ordenó a los acusados que hiciesen promesa de enmendar su conducta, tras lo cual quedaron absueltos de todos los cargos. (En cuanto a la literalidad de los hechos, véase también la nota final del relato.)

De todos modos, estos relatos son tan solo sueños; no son crónicas. Se recopilaron y publicaron por vez primera con el presente título, en dos volúmenes, en 1888.

Abril de 1896-mayo de 1912

Una experiencia del autor relacionada con la narración titulada «Una tradición de 1804» es lo bastante singular pa-

ra que se mencione aquí de manera expresa. El incidente de la visita de Napoleón a la costa inglesa en plena noche, con el propósito de localizar el lugar idóneo para el desembarco de su ejército invasor, fue una invención del escritor, y suscitó en él ciertas dudas por lo improbable de su ocurrencia real. Esto aconteció en 1882, cuando el relato salió de la imprenta. Grande fue su sorpresa cuando, años más tarde, supo que se trataba de una leyenda tradicional. Ignora cuánta verdad encierra.

T.H.

Junio de 1919

Los tres desconocidos

Entre los pocos rasgos de la Inglaterra agrícola que conservan un aspecto apenas modificado por el transcurso de los siglos pueden contarse las extensas dunas, barrancas o pastizales de ovejas, como son llamadas según su género, que, pobladas de hierba y de retama, ocupan una gran superficie de terreno en ciertos condados del sur y del sudoeste. Si se encuentra en ellas algún signo de ocupación humana, es, por lo general, bajo la forma de la cabaña solitaria de algún pastor.

Hace cincuenta años, una de esas cabañas solitarias estaba en una de esas dunas, y es muy posible que todavía esté allí ahora. A pesar de su aislamiento, el lugar, de hecho, no distaba cinco kilómetros de una ciudad rural. Pero de poco le servía. Casi cinco kilómetros de terreno elevado e irregular, durante las largas estaciones hostiles, con sus celliscas, nieves, lluvias y nieblas, proporcionan un margen de retirada suficiente para aislar a un Timón o a un Nabucodonosor^[1]; mucho menor durante el buen tiempo, para complacer a esa tribu menos repelente, los poetas, filósofos, artistas y demás, que «imaginan y meditan acerca de cosas agradables».^[2]

En la edificación de estas viviendas desamparadas se suele aprovechar algún viejo campamento o túmulo de tierra, algún grupo de árboles, al menos algún trozo derruido de una antigua valla. Pero en el presente caso tal clase de cobijo había sido desechado. Higher Crowstairs, como se llamaba la casa, estaba totalmente aislada y carecía de de-

fensas. La única razón de su preciso emplazamiento parecía ser el cercano cruce de dos senderos en ángulo recto, que muy bien pueden llevarse cruzando así y allí sus buenos quinientos años. Por consiguiente, la casa estaba expuesta a los elementos por sus cuatro costados. Pero aunque aquí arriba el viento soplaba de manera inconfundible cuando soplaba, y la lluvia calaba hondo cuando caía, los diferentes tiempos de la estación invernal no eran tan inclementes en la duna como los habitantes de tierras más bajas suponían. Las crudas escarchas no eran tan perniciosas como en las depresiones, y las heladas probablemente no eran tan severas. Cuando se compadecía al pastor que arrendaba la casa, y a su familia, por estar sometidos a las intemperies, decían que, en conjunto, las ronqueras y las flemas les molestaban menos que cuando habían vivido junto al torrente de un abrigado valle cercano.

La noche del 28 de marzo de 1829 era precisamente una de aquellas noches que solían provocar estas expresiones de conmiseración. La lluvia de la tormenta, que caía sesgada, batía los muros, las pendientes y los vallados como las flechas de una vara de longitud de Senlac y Crecy. Las ovejas y demás animales, sin refugio, aguantaban fuera con las grupas al viento, mientras las colas de los pajarillos que trataban de sostenerse sobre alguna delgada espina se abrían y cerraban como paraguas, azotadas por el vendaval. El hastial de la cabaña estaba manchado de humedad, y el agua que resbalaba desde los aleros golpeaba la pared. Pero nunca fue la conmiseración por el pastor menos adecuada. Porque aquel alegre rústico estaba dando una gran fiesta para celebrar el bautizo de su segunda hija.

Los invitados habían llegado antes de empezar a llover, y ahora estaban todos reunidos en la habitación principal o sala de estar de la morada. Una ojeada al lugar, a las ocho en punto de esta noche llena de acontecimientos, habría dado como resultado la opinión de que aquél era el rincón más cómodo y acogedor que se podría desear en un día de

tiempo turbulento. La vocación del inquilino estaba indicada por una serie de cayadas de pastor sin palo, muy pulidas, que estaban colgadas encima de la chimenea a manera de adorno; la curva de cada resplandeciente cayada era distinta: desde el tipo anticuado, del que había grabados en las ilustraciones patriarcales de las viejas biblias familiares, hasta el estilo más aceptado de la última feria local de ganado. La habitación estaba iluminada por media docena de bujías, cuyas mechas eran solo un poco más pequeñas que el sebo que las envolvía, puestas en unas palmatorias que no se utilizaban más que en días señalados, fiestas de guardar o fiestas familiares. Las luces estaban esparcidas por la habitación, dos de ellas colocadas sobre la repisa de la chimenea. La colocación de las bujías era en sí significativa: las bujías sobre la repisa de la chimenea siempre indicaban que había fiesta.

En el hogar, delante de un tizón, puesto al fondo para dar sustancia, resplandecía un fuego de espinos, que crepitaba «como la risa de los locos».^[3]

Diecinueve personas estaban allí reunidas. De éstas, cinco mujeres, que llevaban vestidos de variados y vivos colores, estaban sentadas en sillas a lo largo de la pared; muchachas tímidas y no tímidas se apiñaban en el banco de la ventana; cuatro hombres, entre ellos Charley Jake, el carpintero; Elijah New, el sacristán de la parroquia, y John Pitcher, un lechero de la vecindad, suegro del pastor, estaban repantigados en un banco largo; un joven y una mocita, que se sonrojaban en sus tentativas de *pourparlers*^[4] acerca de una vida en común, estaban sentados debajo de la rinconera; y un hombre entrado en años (de cincuenta o más), prometido con una joven, iba sin descanso de los lugares en que su novia no estaba al lugar en que ella estaba. El contento era bastante general, y tanto más prevalecía al no verse estorbado por restricciones convencionales. La total confianza de cada uno en la buena intención del otro en-

gendraba una perfecta naturalidad, mientras que las acabadas maneras, que daban pie a una serenidad verdaderamente principesca, procedían en la mayoría de ellos de la ausencia de toda expresión o rasgo que denotara que deseaban triunfar en la vida, ampliar sus conocimientos o hacer alguna otra cosa deslumbrante: cosas que en la actualidad cortan con tanta frecuencia el brote y la *bonhomie* de todo el mundo, a excepción de los dos extremos de la escala social.

El pastor Fennel había hecho una buena boda; su mujer era hija de un lechero de un valle no muy cercano, que había traído cincuenta guineas en el bolsillo —y las había guardado allí hasta que hubieran de ser requeridas para satisfacer las necesidades de una familia venidera—. Esta previsora mujer tenía ya alguna experiencia en relación con el carácter que se le debía dar a la fiesta. Una reunión en la que los invitados permanecieran tranquilamente sentados tenía ya sus ventajas; pero una imperturbable quietud en las sillas y en los bancos podía conducir a los hombres a una desmesura tal en la bebida que a veces se bebían prácticamente la casa entera. Una fiesta con baile era la alternativa, pero ésta, si bien eliminaba el anterior reparo en cuestión de bebida, tenía, en cambio, una desventaja en cuestión de comida, pues el ejercicio provocaba hambres famélicas que hacían estragos en la despensa. La pastora Fennel recurrió a la solución intermedia de alternar bailes cortos con cortos períodos de charla y canciones, para impedir así todo entusiasmo desenfrenado en cualquiera de los dos. Pero este esquema funcionaba exclusivamente en su propia y moderada cabecita: el mismo pastor se sentía inclinado a hacer gala de la más despreocupada hospitalidad.

El violinista era un muchacho de la región, de unos doce años, que tenía una maravillosa destreza para las gigas y los *reels*^[5], a pesar de que sus dedos eran tan pequeños y cortos que tenía que cambiar de postura constantemente para llegar a las notas altas, de las que regresaba a la primera